CAPITULO XXXIII.

LOS SEGUNDOS FLAVIOS (337-363), VALENTINIANO Y TEODOSIO (363-395).

Asesinatos en la familia de Constantino: tres emperadores. — Muerte de Constantino II (340) y de Constante (350): usurpacion de Magnencio (353). — El emperador Constancio: muerte de Galo (354): elevacion (355) y rebelion de Juliano (361). — Juliano (361-363). — Joviano (363): reparto del imperio entre Valentiniano y Valente (364). — Lucha de Valentiniano contra los bárbaros de Occidente (364-375). Invasion de los godos en Oriente (375): batalla de Andrinópolis y muerte de Valente (378). — Graciano (375-383) y Teodosio (379-395).

Asesinatos en la familia de Constantino: tres emperadores.

La tetrarquía que Diocleciano estableció no pudo ser mas que una forma transitoria, buena si entre los cuatro príncipes habia uno bastante respetado y poderoso para que los demás le estuviesen subordinados, y mala si fomentaba entre ellos las rivalidades. Constantino en sus últimos años cometió la imprudencia de restablecer aquel sistema, y repartió el imperio entre sus hijos y sobrinos, lo cual, si no ofrecia peligro mientras él viviera, le envolvia y muy grande para despues de su muerte. ¿Quién podia mantener el equilibrio entre aquellas desatadas ambiciones? Bien pagaron su falta aquellos mismos á quienes, al parecer, favorecia. Excitados sigilosamente los soldados, degollaron á los dos hermanos y á los siete sobrinos de Constantino, entre los que se contaban Dalmacio y Anibaliano, salvándose únicamente del furor de la soldadesca Galo y Juliano, los hijos menores de Julio Constancio.

Proclamados Augustos los tres hijos de Constantino, procedieron á un nuevo reparto que produjo guerras civiles y sangrientas catástrofes. A Constancio le tocó el Oriente, á Constante la prefectura de Italia, y á Constantino II la de las Galias.

Muerte de Constantino II (340) y de Constante (350) usurpacion de Magnencio (353).

Descontento con la parte que le habia correspondido, Constantino II quiso quitar la Italia á su hermano Constante, y pereció en una batalla cerca de Aquileya (340), despues de lo cual el vencedor se corrió á la Galia, que habian invadido los francos. Dos años de guerra no pudieron arrancarles la Bélgica, el pais de los bátavos y el norte de la Galia, donde por fin radicaron. Entretanto Constancio luchaba contra los persas, que envalentonados con la muerte de Constantino, habian restablecido su supremacía en la Armenia y asediaban á Nisibe. Constancio los desbarató cerca de Singare de Mesopotamia (348); pero en su imprudente persecucion sufrió una derrota que neutralizó los efectos de su triunfo. Felizmente, la ignorancia de los persas en el arte de los sitios y las precauciones que tomó Diocleciano cuando rodeó con fuertes murallas todas las ciudades de aquellos paises, les impidieron hacer grandes progresos. Tambien sucedió que Sapor hubo de retroceder por causa de una invasion de los masagetas; pero al mismo tiempo tuvo Constancio que ir á combatir contra dos usurpadores en Occidente.

Constante, que afrentosamente abandonaba una parte de la Galia á los bárbaros, vivia en la molicie y en los vicios, cuando se sublevaron los guardias (350) y proclamaron en Autun á Magnencio, de orígen franco, y que de grado en grado habia ascendido hasta obtener el mando de los jovianos y los hercúleos. No tardó el nuevo emperador en hacerse con numerosos partidarios, entre los que se contaba Marcelino, conde de las Sagradas Liberalidades; y habiendo dejado la Galia á su hermano Decentrio, que recibió el título de César, marchó á Italia. Otro usurpador, llamado Nepotiano, sobrino de Constantino, quiso defenderla y se declaró emperador de Roma; pero Marcelino le derrocó y persiguió cruelmente á todos los de su partido. Por aquel tiempo Constante, que se fugaba á España, fué alcanzado y muerto en el pueblo de Elena, á la falda de los Pirineos.

Las legiones de Iliria, aprovechando aquel caos que de nuevo comenzaba á reinar, proclamaron tambien al anciano general Vetranion, hombre tan tosco que no sabia leer ni escribir, aunque desempeñaba los mas altos empleos. Elegido á pesar suyo, no podia ser un peligroso adversario, y así sucedió que cuando llegó Constancio el 25 de diciembre de 350 acompañado de un numeroso ejército, engañó fácilmente á Vetranion con falsas negociaciones, le sobornó las tropas, y despues le mandó que entregase la púrpura y licenciase su córte, prometiéndole en cambio una pension anual, con la cual se fué á vivir en la oscuridad y en el reposo.

La necesidad de contener en Oriente á los persas y de combatir en Occidente al encarnizado enemigo de la casa de los Flavios, obligó á Constancio á sacar del retiro en donde se educaba por su órden, á su primo Galo. Nombróle César, le encargó la continuacion de aquella desastrosa guerra que hasta entonces habia sostenido contra Sapor, y entretanto marchó con sus tropas y las legiones ilirias de Vetranion contra Magnencio, ofrecióle una parte del imperio, y al oir su desdeñosa negativa, le dió la batalla de Mursa en Panonia, que ganó por la defeccion del franco Silvano (351): 50,000 soldados de los mejores del imperio sucumbieron en aquella terrible lucha. Magnencio se retiró á Italia y derrotó cerca de Pavía á un ejército imperial; mas no teniendo fuerzas bastantes para encerrarse en la Península, donde podian interceptarle las regiones transalpinas, retrocedió hasta la Galia, en cuyo territorio se dió la muerte, porque todos le abandonaron. Su hermano Decentrio hizo lo mismo (353); y entonces tanto la Galia como España y Bretaña sufrieron cruentos males: las confiscaciones y los suplicios que pronunciaron contra todos aquellos á quienes suponian partidarios del emperador, amedrentaron á las tres provincias y las prepararon á la rebelion que tuvo efecto con Juliano.

El emperador Constancio: muerte de Galo (354): elevacion (355) y rebelion de Juliano (361).

Nuevamente se encontraba el imperio con un soberano único; mas quiso la desgracia que este fuera el tímido y receloso Constancio, que se dejaba gobernar por las mujeres, los eunucos y los aduladores. Entregado á las contiendas religiosas que suscitaba el arrianismo, aunque no era hombre de fé arraigada, y muy ocupado en mantener la etiqueta en la córte imperial[1], Constancio no vió la rebelion que se preparaba en Oriente. Galo, aconsejado por su ambiciosa mujer Constantina, aspiraba al título de Augusto, cuando sus vicios y su crueldad le habian reducido á un escaso número de partidarios; y á fin de que no tuviera tiempo de hacerse peligroso, Constancio le llamó de Asia con seductoras promesas, Galo se puso en camino con sentimiento, y llegado á Petobio en la Panonia superior, le cargaron de cadenas los mismos que le acompañaban, le llevaron á Pola de Istria, y allí le decapitaron.

Igual suerte esperaba á su hermano Juliano, quien habria sucumbido tambien si no hubiese mediado en su favor la emperatriz Eusebia. Tuviéronle algun tiempo muy vigilado y luego le mandaron á Atenas, en donde pudo dedicarse libremente al estudio é iniciarse en las doctrinas de la escuela platónica por los numerosos filósofos que vivian en aquella capital de la antigua civilizacion. A los 14 meses le llamaron á la córte, siendo causa de su fortuna los nuevos apuros de Constancio. Silvano, que residia en Colonia, donde sus relaciones con los francos le hicieron sospechoso, temió por su cabeza y se decidió á proclamarse emperador (355); pero Constancio, sigilosamente, envió á Ursino á Colonia, acompañado del historiador Amiano Marcelino,

1. Amiano Marcelino (XVI, 10), refiriendo la entrada de Constancio en Roma, dice que en su carro solo se veia oro y piedras preciosas, y que en toda la carrera se mantuvo inmóvil como una estátua, sin menear la cabeza ni las manos, sin volver los ojos á derecha ó á izquierda. Por esta inmovilidad divina, que era una de las infinitas reglas introducidas por los eunucos, se puede juzgar lo que serian las otras.

y con sordas intrigas preparó la caida de Silvano, á quien arrancaron de una capilla cristiana que le servia de refugio, despues de lo cual le dieron muerte los soldados asalariados que le esperaban. Estaba derrocado el usurpador, y sin embargo, Constancio no se veia con fuerzas para gobernar solo el imperio. Creyendo que la presencia en la Galia de un príncipe de la familia imperial pondria un término á tantas rebeliones y que así podria él consagrar su atencion á Oriente, en donde le amenazaban los persas, llamó á Juliano de Atenas á Milan, le casó con su hermana Elena, y le encargó que librase á la Galia de los destrozos de los germanos que la invadieron inmediatamente despues de la caida de Silvano.

Los francos tomaron á Colonia, los alemanes destruyeron á Estrasburgo y Maguncia; 45 ciudades florecientes fueron saqueadas, y habian llevado á la orilla derecha del Rin tropas considerables de cautivos para que trabajasen las tierras, en tanto que los campos de la otra orilla permanecian incultos. Aunque sin experiencia de la guerra, Juliano, guiado por el prefecto Salustio, se condujo como un gran general: viendo que los alemanes y los francos ocupaban una parte de Bélgica, venció á los primeros en varios encuentros, principalmente en la gran batalla de Estrasburgo (agosto de 357), que dejó limpio de bárbaros todo el pais entre Basilea y Colonia, quedando prisionero el rey Chnodomaro, y en pos de los fugitivos atravesó el Rin, restableció las fortificaciones del Tanno y rescató á un crecido número de cautivos galos y de legionarios prisioneros. Las posiciones que ocupaban los francos en el Rin interior eran demasiado sólidas para que pensara en desalojarlos; pero de todos modos les quitó tambien Colonia, supo infundirles respeto al imperio, desbaratando á muchas de sus partidas, y tomó como mercenarios á muchos de ellos, al mismo tiempo que su buena administracion le granjeaba las simpatías de los galo-romanos.

No desperdiciaron los cortesanos aquella ocasion para despertar contra Juliano la envidia de Constancio, que por la misma época dirigia desde Sirmio otra guerra contra los

germanos del Danubio, á la par que no recibia ninguna buena noticia de Oriente, en donde los persas derrotaban á sus generales. Parecia que estaban en Oriente los mas graves peligros, siendo así que, gracias á la naturaleza del gobierno persa y á las costumbres de sus pueblos, donde en realidad los habia, y muy grandes, era en el Rin y en el Danubio. Constancio alcanzó algunos triunfos sobre los cuados y los dacios, y despues se quiso poner á la cabeza del ejército de Siria, para cuya expedicion pidió á Juliano una parte de sus tropas; pero este servicio en paises remotos disgustó á las legiones galas, que en lugar de obedecer proclamaron á su general Augusto en Paris.

Tanto por su moderacion como por su justicia y cordura, Juliano mereció el poder supremo, y aunque es de sentir que le obtuviera de aquel modo, no tenemos pruebas para afirmar que hubiese provocado él la rebelion de sus tropas. Antes al contrario, toda una noche resistió á sus clamores, y de provocarla se habria visto perdido, pues jamás Constancio le habria perdonado una popularidad tan peligrosa. Cuando por fin aceptó, distribuyó á los soldados el *donativum* de costumbre, manteniendo severamente la disciplina, sin débiles complacencias con los que le daban el imperio y sin perseguir por eso á los que se conservaban fieles á Constancio.

En un principio quiso negociar, y Constancio, que no tenia heredero, quizás habria aceptado; pero sus cortesanos temieron las venganzas de Juliano, y rechazadas las proposiciones, se dispusieron á emprender la guerra. Juliano tomó la ofensiva, despues de haber dado otro golpe á los bárbaros para que no sacasen provecho de su ausencia, y habia llegado al centro de la Iliria mediante una marcha rápida y osada, cuando Constancio murió, á los 45 años de edad, cerca de Tarso en Cilicia, el 3 de octubre de 361, habiendo dado la sucesion á su rival, que era el último vástago de la familia de Constantino.

Juliano (361-363).

Juliano, llamado el Apóstata, no tenia mas de seis años cuando degollaron á todos los suyos. Educado en el seno de la religion cristiana, comenzó por seguir todos sus ritos; pero luego entibiaron su fé los maestros que tuvo, aquellos sofistas, aquellos retóricos paganos que supieron inspirarle en Atenas tanto entusiasmo por la literatura griega.

Era cuando la Iglesia se hallaba combatida por el cisma de Arrio. Constancio protegia á los sectarios y se emprendian nuevas persecuciones contra los obispos que habian permanecido fieles al símbolo de Nicea. Tanto en la córte como en el pueblo se discutian los problemas mas árduos, las Iglesias todas se hallaban turbadas, y felicitábanse los partidarios del antiguo culto viendo á la nueva religion en lucha consigo misma. No cabe duda que Juliano debió fijar su atencion en aquel espectáculo que se ofrecia á la vista del mundo; pero lo que ejerció mayor influencia sobre su viva y ardiente imaginacion, fué la doctrina neo-platónica, mezcolanza de sutilidades metafísicas y de sueños religiosos de los que creian ver señales en los poemas de Homero ó de Hesiodo. La filosofía á que nos referimos se habia propuesto reunir todos los sistemas anteriores en una vasta síntesis, y como aspiraba á ser religion universal y no un sistema de escuela, habíase impregnado de misticismo, segun el espíritu de la época, y conducia al éxtasis, á las comunicaciones directas con los dioses, á las evocaciones de almas; en suma, venia á parar en supersticiones teúrgicas y en operaciones de magia.

Aquella union del espíritu filosófico y del misticismo, aquella doctrina que no rompia con lo pasado, sino que divinizaba las obras maestras de Grecia y salvaba con explicaciones morales y racionales hasta cierto punto los dioses del antiguo Olimpo, protectores del imperio, sedujo á Juliano que, á la verdad, nunca habia practicado con ardor una religion impuesta por el asesino de su hermano y de toda su familia. Así que dejó traslucir sus secretas tendencias, acudieron los sofistas, tan contentos como atónitos porque

se encontraban con uno de los suyos en un príncipe de aquella casa de los Flavios, que tan fatal habia sido al paganismo; y aun estaba Juliano en Atenas, cuando ya su condiscípulo San Basilio temia que el cristianismo iba á tener en él uno de sus mas peligrosos adversarios. Y con efecto, en cuanto subió al trono profesó públicamente el paganismo y mandó que se volviesen á abrir los templos. Mucho debió desconocer la sociedad que iba á gobernar cuando se propuso resucitar lo que tan legítimamente estaba herido de muerte, y es seguro que de haber vivido

Un sacrificio.

mas tiempo le habria costado muy caro su absurdo propósito. Sin embargo, justo es decir que no empleó para nada la violencia. « No quiero, escribia, que se dé muerte á los galileos, ni que los maltraten en manera alguna; pero sí quiero que les sean preferidos los adoradores de los dioses. » Y bajo este concepto promulgó un edicto de tolerancia, en cuya virtud quedaron permitidos los sacrificios que prohibió Constancio y se abrieron las puertas á los desterrados de todos los partidos religiosos. Su axioma era: « Igualdad y justicia para todos. » Dejó, pues, á los galileos, como él

los llamaba, la misma libertad de conciencia que Constantino habia dejado á los paganos, aunque no obstante se debe censurar aquel pérfido decreto por el cual prohibió á los cristianos que enseñasen retórica y bellas letras, bajo pretesto de que nada les importaba una literatura llena de ideas y creencias que ellos anatematizaban diariamente.

Al mismo tiempo Juliano trataba de purificar el servicio de los dioses, obligaba á sus sacerdotes á observar las costumbres mas severas y fundaba algunas instituciones de beneficencia, así como tambien permitió á los judíos que reedificasen el templo de Jerusalen para que no se dijera que su tolerancia era exclusiva; pero su muerte y un terremoto acompañado de erupciones volcánicas ó de explosiones de gases inflamables, interrumpieron las obras. Ostentó en su vida una sencillez patriarcal y á veces el cinismo del mas rígido estóico. Contábanse cuando él entró en palacio 1,000 oficiales de boca, otros tantos barberos, coperos, etc., y habiendo despedido á tanta gente inútil, hizo economías en la casa imperial, á cuyo beneficio pudo disminuir una quinta parte los impuestos. Quizás los sofistas y los gerofantos reemplazaron despues á los coperos; pero de todos modos no puede decirse que gastó el tiempo en cuestiones ociosas, pues sus cartas, lo mismo que sus obras (el *Misopogon*, los *Césares*), demuestran una actividad intelectual inclinada al bien y á las cosas formales.

Dijeron que el tribunal que estableció en Calcedonia para juzgar á los funcionarios prevaricadores, á los ministros y á los favoritos de Constantino, habia sido injusto y condenado á inocentes; y sin embargo, dió señales de una paciencia que le honra en una ocasion en que habria podido ser severo. Deseaba vengarse por fin de los persas, y estando con su ejército en Siria, los cristianos de Antioquía se burlaron de su barba inculta y de su sencillez hasta el punto de insultarle : ahora bien, en vez de castigar como emperador, apeló á la filosofía y escribió una sátira contra sus afeminadas costumbres (el *Misopogon*).

Con 35,000 hombres penetró hasta Ctesifonte, atravesó el Tigris y quemó sus naves; pero muy luego, extraviado

por traidores, se encontró sin víveres en un pais que por órden del mismo Sapor devastaban, y como tampoco recibia los auxilios del rey de Armenia y de sus generales Procopio y Sebastian, debió pensar en replegarse hácia la Gordiena, cuyo camino le abrió la victoria. Siguió otro combate, y en él fué herido y murió conversando con sus amigos sobre la inmortalidad prometida al alma del justo. 32 años tenia y no habia estado en el trono mas de 21 meses, tiempo sobrado corto para justificar los temores y las esperanzas que hizo concebir su advenimiento (26 de junio de 363).

Joviano (363): reparto del imperio entre Valentiniano y Valente (364).

Hallábase el ejército en una situacion muy peligrosa, y así fué que, sobre la negativa del sabio Salustio, se apresuraron á proclamar á Joviano jefe de los *protectores*. Joviano continuó la retirada hasta que Sapor consintió en negociar, porque habia perdido la esperanza de destruir las legiones. Sapor obtuvo entonces la supremacía sobre la Armenia y la Iberia, las cinco provincias transtigritanas, y quince plazas fuertes, entre las cuales se contaban Nisibis y Singara, que eran los baluartes del imperio. En vano pidieron los habitantes de Nisibis que les permitieran defender sus murallas, pues fueron transportados á Amida. Aparentemente Joviano no pudo soportar la afrenta de aquel tratado, el mas desastroso de los que habia firmado Roma, y murió al octavo mes en Bitinia, antes de haber llegado á Constantinopla. Joviano era cristiano. Sin el apoyo imperial, el paganismo cayó para no volver á levantarse (febrero de 364).

Por segunda vez en menos de un año tenia el ejército que nombrar emperador, y con el acuerdo de todos los generales proclamaron al panonio Valentiniano, tribuno de los guardias, hombre de entendimiento poco cultivado y duro de carácter, pero de una capacidad reconocida. Comprendiendo la necesidad de que el imperio tuviese dos jefes, los soldados impusieron al nuevo Augusto la eleccion de un colega, y, con efecto, nombró á su hermano Valente

y le confió el Oriente, mientras se reservaba la tarea de velar sobre el Rin y el Danubio.

Lucha de Valentiniano contra los bárbaros de Occidente (364-375).

Cuando Juliano se alejó, alentáronse los bárbaros y volvieron á tomar el camino de las provincias romanas. Los alemanes y los burgundios atravesaron el alto Rin, y los cuados y los sármatas el Danubio, en tanto que los francos salieron de sus cantones del Rin inferior y los piratas sajones se esparcieron de nuevo por los mares. Los pictos y los escotos bajaban de sus montes en Bretaña, y por último, en Africa se rebeló Firmo, jefe moro. Parecia, pues, que todo el mundo bárbaro salia en armas contra el imperio humillado y vacilante. Valentiniano tenia valor para hacer frente al peligro, y á mayor abundamiento le secundaron buenos generales, y principalmente Teodosio. En el año 365 se estableció en Paris para atender de cerca á los bárbaros, degradó á los cuerpos que se dejaron quitar las banderas, y mas seguro de sus tropas con aquella severis dad, propia de antiguas costumbres, marchó contra lo-alemanes y los derrotó junto á Chalons (366). Sin embargo, dos años despues, el rey Rando sorprendió en un dia de fiesta á la ciudad de Maguncia y se llevó mucho botin y muchos cautivos; y á todo esto se preparaban otras expediciones y toda la línea de los alemanes estaba en armas. El emperador apeló á la política de Diocleciano, de Tiberio y de Augusto, sembró la division entre los bárbaros; opuso á los alemanes los burgundios, que se habian civilizado algun tanto en su roce con los romanos, y él atravesó el Rin con un inmenso ejército y venció á las revoltosas tribus cerca de Salzbach (368). Pasó una gran parte del año siguiente restableciendo las fortificaciones que guardaban la entrada del rio y comenzó otras obras importantes en el Necker, cerca de Manheim. A fin de que los bárbaros conocieran que el imperio queria tomar de nuevo contra ellos la ofensiva, se corrió hasta el valle del Mein, que penetra en el corazon de la Germania, y como el rey

aleman Macrieno se intimidó y pidió la paz, Valentiniano, con su hijo Graciano, pudo entrar triunfante en la ciudad de Tréveris. El poeta Ausonio, de Burdeos, preceptor del jóven príncipe, y Simaco, el último orador de Roma, celebraron las proezas que dieron paz y seguridad á la Galia.

Mientras tenian efecto estas operaciones en el Rin, habian arrojado á los *reyes del mar* (sajones) de las playas que saqueaban frecuentemente, y el conde Teodosio, padre del futuro emperador, se habia conquistado en Bretaña una fama igual á la de Agrícola para sus coetáneos; pero no tuvo un Tácito por yerno. Libró á los bretones de las rapiñas de los pictos, restableció la dominacion romana, casi expulsada de la isla, y despues de consolidarla con una buena administracion, trasladó al Africa los mismos talentos. Las exacciones de los últimos gobernadores y sus crueldades con los donatistas excitaron tanto el descontento, que pudo conquistar el moro Firmo una gran parte del pais; pero Teodosio comprimió la rebelion y devolvió la paz á la provincia á costa de su vida, pues algun tiempo despues le envolvieron en una oscura intriga y le decapitaron en Cartago, no obstante su inocencia y sus servicios.

Valentiniano fué duro y hasta cruel en el gobierno interior de sus provincias. Apenas conocia mas que un castigo para todos los delitos: la muerte, y hay quien afirma en una relacion, afortunadamente poco auténtica, que tenia en su palacio unos osos para que devorasen á ciertos criminales á su vista. Fué tolerante con todas las religiones, aunque pertenecia á la Iglesia ortodoxa, y solo persiguió á los magos que entonces pululaban. Además, no fué exclusivamente hombre de guerra, como lo prueban sus buenas leyes contra la exposicion de los niños, sobre la disciplina de las escuelas, el mantenimiento en Roma de médicos asalariados y el establecimiento de patronos ó defensores en las ciudades de provincia. Desgraciadamente, el imperio le perdió en una expedicion contra los cuados, pueblos que queria castigar por una incursion que habian hecho en Iliria y cuyo pais asoló en efecto; mas recibió una embajada